

Desmenuzando unos textos empapados de vida

Al igual que el tercer domingo de Adviento llamado “*Gaudete*”, el cuarto de Cuaresma se le denomina “*Lætare*”, por el incipit latino de la antífona de entrada de la celebración eucarística que está tomada del profeta Isaías, y que dice así: “*Alégrate, Jerusalén, reúnos todos los que la amáis*” cfr 66,10-11.

Estas palabras nos recuerdan que nos acercamos al gozo de la Pascua. Es la dicha que se paladea al inicio de la Vigilia Pascual en el hermoso canto del “*Exultet*”. Es auténtico anuncio en el que se hace una clara invitación: “*Alégrese también nuestra madre la Iglesia, revestida de luz tan brillante*”. Pero de igual modo se pide, en la antífona de entrada, que nos reunamos.

En la Roma de los grandes Padres de la Iglesia, un día como el de hoy, la Comunidad Cristiana se congregaba en la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén. En ella se venera un trozo de la gloriosa Cruz. Jerusalén es la imagen de la Iglesia que se regocija ante la multitud de catecúmenos, que pronto serán bautizados. Este ambiente de gozo dejó su huella en la liturgia papal; desde el siglo XI está marcado por una celebración singular: la bendición de la “*Rosa de Oro*”.

Se desconocen los orígenes de esta tradición, pero parece que en Constantinopla, el tercer domingo de Cuaresma, se celebraba una fiesta en honor al Santo Madero al que se pagaba un tributo de flores. En la Ciudad Eterna quisieron imitar este bello gesto y, en el domingo cuarto de Cuaresma, el Papa acudía a esta Basílica sosteniendo una rosa dorada –perfumada– con la que

pretendía rendir el mismo respeto a la insigne reliquia. Es lo que había hecho María Magdalena en la comida de Betania, cuando ungió los pies de Jesús con precioso perfume. Este gesto papal hizo que a este domingo se le llamase “*domingo rosa*”; que la ropa litúrgica fuese del mismo color y los altares se revistiesen de flores.

El Papa Inocencio III, refiriéndose a esta práctica, escribió: “*así como el domingo “Lætare” anuncia el triunfo del amor sobre el odio, la alegría tras el dolor y la saciedad después del hambre, -es el triunfo de la pascua- la rosa representa por su color y su olor, el amor y la alegría desbordante*”.

Este gozo, que se desborda como precioso ungüento en la resurrección de Jesús, se presiente en la **serpiente de bronce** que la liturgia de este día nos brinda para nuestra meditación interior a fin de que sea objeto de una mirada confiada.



En los **bestiarios bíblicos**, libros que proliferaron hacia los siglos XII y XIII en Inglaterra y Francia con texto e ilustraciones de animales, y la fuerza simbólica que tenían, la serpiente ocupa un lugar destacado. Es un animal que tiene unas características:

1º Se arrastra sobre la tierra y guarda el árbol de la vida.

2º Cada año cambia su piel. Es, por tanto, signo de una vida que se renueva. Esto le permite eliminar parásitos, heridas y adaptarse al crecimiento de su cuerpo. Está formada por escamas que le dan un aire de luminosidad.

3º Ojos penetrantes capaces de hipnotizar a sus presas.

4º Es signo de rapidez y astucia.

De ellas afirmará Jesús dirá: “*Sed prudentes como serpientes...*” (Mt.10,16). Es un animal, por así decirlo, ambivalente. La vida y la muerte en ella se entrelazan. El término hebreo de serpiente es שֶׁנָּח /nahash; así aparece en Génesis 3; también se la llama שָׂרָף /saraf, (ardiente) puesto que, al morder, el veneno que inyecta produce un efecto cáustico (Nm 21:6; Dt 8:15).

De esta expresión proviene la palabra serafín: ser alado que se encuentra junto al trono de Dios alabándolo siempre, como fruto del misterio divino que contempla: fuego ardiente que sobrecoge (Ex. 3,2) y purifica (Is 6, 6-13).

Jesús, en el evangelio de este domingo, hace suyo este signo que Moisés había alzado en el desierto, para librar de la muerte segura al pueblo pecador (Nm 21, 8ss). El término hebreo que se utiliza es נָבַט /nabat que significa **mirar hacia arriba fijamente**. Es la misma expresión que encontramos en el episodio en el que Dios le dice a Abraham: “*Mira el cielo y cuenta las estrellas si puedes hacerlo...*” (Gn 15, 5). Un comentario rabínico traduce el término **mirar** como “*llevar hacia arriba*”. Es decir: Dios habría llevado a Abraham a lo alto, permitiéndole mirar su historia desde un nuevo punto de vista: la misericordia divina.

Jesús en su encuentro con Nicodemo, hace un paralelo entre la elevación de la serpiente en el desierto y la suya en la cruz. La serpiente, “*símbolo del pecado; la serpiente que mata; pero también una serpiente que salva. Y este es el misterio del Cristo*”, afirma el Papa Francisco. Que el Señor nos conceda la gracia de entender un poco más este profundo misterio.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 136 [1137], 1-6

Junto a los canales de Babilonia
nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión;
en los sauces de sus orillas
colgábamos nuestras cítaras.
Allí los que nos deportaron
nos invitaban a cantar;
nuestros opresores, a divertirlos:
«Cantadnos un cantar de Sión».
¿Cómo cantar un cántico del Señor
en tierra extranjera!
Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha;
que se me pegue la lengua al paladar
si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén
en la cumbre de mis alegrías.

Perla del salterio se suele llamar al salmo 136. No es un canto de lamentación o venganza, porque la situación de los judíos confinados en Babilonia, no era de esclavitud ni de trabajos forzados, como sus antepasados en Egipto, sino de confinamiento. Muchos pudieron enriquecerse y hasta alcanzar cargos importantes en la administración pública, como el escriba Esdras o el copero real Nehemías. Se puede dividir en tres partes:

1º Exilio (vv 1-3)

2º Silencio musical (vv 4-6)

3º Ansias de justicia (vv 7-8). Versos que no se utilizan en el responsorial de hoy por ser, para nuestra mentalidad, de gran dureza. San Jerónimo, haciendo una lectura mistagógica de los mismos afirmará: “Como

es imposible que el fuego de la pasión no penetre en los sentidos del hombre, es alabado quien inmediatamente corta de raíz los malos pensamientos y los aplasta contra la roca; la roca no es otra que Cristo”. Es lo mismo que pedirá san Benito (RB IV,50).

No se describe en este salmo una persecución; se recoge una profunda añoranza: “Si me olvido de ti...que se me pegue la lengua al paladar”.

Generalmente asociamos el sentimiento de la nostalgia al recuerdo de una experiencia pasada, agradable, pero irreplicable. El nostálgico puede pensar que “todo tiempo pasado fue mejor”.



Para Guillermo, abad de Saint-Thierry, la nostalgia es una forma del amor que se hace camino y aspira llegar a la meta. San Benito pedirá a sus monjes que aviven el deseo del cielo (RB IV, 46).

Para el hombre de fe el recuerdo de Dios produce una continua añoranza de Él (sl 42 [41], 1-2. Cuanto más lo conocemos, más lo buscamos. Cuanto más fuerte es su abrazo, más anhelamos su amor.

La nostalgia de Dios nos hace vivir su presencia que se revela en su ausencia. Esto hace que nuestra vida se transforme en canto. Son los cantos de Sión. No son coplas folclóricos; son tonadillas orantes que brotan del corazón que se hace cuerdas de lira, y solo se pueden cantar en un marco de libertad para gloria del Todopoderoso. El Papa Francisco afirmará que “la misión de la Iglesia es invitar a una experiencia de exilio continuo, haciendo que el cristiano se sienta sediento de infinito y siempre en camino hacia la patria del cielo”.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis Domingo IV de Cuaresma “B”



Un texto para guardar en la memoria del corazón

En aquel tiempo,
dijo Jesús a Nicodemo:
Lo mismo que Moisés elevó la serpiente
en el desierto, así tiene que ser elevado
el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él
tenga vida eterna.

Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios. Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas.

Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios».

Juan 2, 13-25